

Del apego al doble vínculo.

Dr. J. M. Sunyer

Resumen:

En este texto preparado para la ocasión, hacemos un repaso a la idea de vínculo y dentro de este a dos tipos concretos, el apego y el doble vínculo. Pero realizaremos este recorrido desde la perspectiva grupal, ya que nos permite ver la complejidad del ser humano e interpretar el apego y el doble vínculo como características de la matriz de relaciones en las que todo ser está integrado desde el mismo momento de ser concebido.

Introducción

Antes de nada, quiero disculparme por la modificación del título del curso. Lo he redefinido proponiéndoles una primera parte centrada en las “dificultades en la función familiar” porque de lo contrario hubiese transmitido la sensación de que la función familiar realizaba un recorrido que iba del apego al doble vínculo, cosa que, en principio, no es así. Y he añadido una segunda parte, adversidades tempranas, para reunir en un mismo trabajo algo que siempre está presente: la destrucción parcial o total de los vínculos familiares.

1ª Parte: Dificultades en la función familiar

Para comenzar, tomad una hoja de papel y tratad de contestar a estas preguntas: ¿Cuál es para vosotros la idea de “función familiar”? ¿Qué relación puede tener esa función con las nociones de apego y de doble vínculo? ¿Qué entendéis o qué es para vosotros eso del apego? ¿Y qué es o cómo definiríais la idea de doble vínculo? ¿Veis diferencias entre uno y otro? Seguramente hay más ideas que podríamos compartir, pero, de momento, con estas tenemos suficiente. Una vez contestadas, guardad las respuestas porque después quizá las necesitemos. Ahora vamos a entrar en materia.

En un principio modifiqué el título porque era confuso y algo contradictorio a no ser que apuntásemos a un viaje o un viraje hacia la patología, es decir, a entender el apego en positivo y el doble vínculo, en negativo. Luego le añadí el tema de la adversidad porque la experiencia nos señala que cuando aparecen situaciones que rompen el grupo familiar, por más que supongamos que al final siempre sobrevivimos como podemos, la realidad es que, si en la vida de un niño aparecen estas situaciones, la herida que queda puede ser irreparable. Ciertamente es que, como señaló Cyrulnik, B (2002) *un golpe de la fortuna es una herida que se inscribe en nuestra historia, no un destino* (:35), es decir, que siempre hay que *analizar los factores que permiten que un determinado tipo de desarrollo se reanude* (:35) lo que habla de una capacidad de resiliencia, pero eso no quita que en muchas ocasiones el daño sea profundo y tenga consecuencias negativas. Coincido con él en la afirmación de que *un hombre no puede desarrollarse más que tejiéndose con otro, entonces la actitud que mejor contribuirá a que los heridos reanuden su desarrollo será aquella que se afane por descubrir los recursos internos que impregnan al individuo y, del mismo modo, la que analice los recursos externos que se despliegan a su alrededor* (35-6). Pero la experiencia también indica que para entender

el sufrimiento de hoy hay que poder integrar el del pasado y, en muchas ocasiones, ese pasado ha sido extremadamente duro desde el punto de vista psicológico.

Dado que estas experiencias siempre tienen que ver con lo que sucede en el grupo familiar, comenzaremos por la familia, por su función en cuanto a los aspectos del vínculo se refiere y pasaremos, posteriormente, a los conceptos aportados por Bowlby y Bateson. Ahora bien, no voy a tratar de transmitir lo que entiendo de este tema desde una posición ecléctica ni tampoco desde un discurso universitario. Creo que cualquiera de vosotros puede hacerlo y seguramente bastante mejor de lo que lo pudiera hacer yo. Sé que hay abundante bibliografía (hoy en día los buscadores de bibliografía están muy al alcance de todos) y también sé que estas ideas están en boca de muchas personas. Lo haré desde la posición a la que la vida y la experiencia profesional me han ido llevando. Bueno, no sé si hay que atribuirla a la vida profesional o simplemente a la vida de uno.

En un principio, haré ya casi cuarenta y cinco años, mis planteamientos se centraban en el sujeto individual. Es verdad que siempre tuve la convicción de que la familia era un grupo de referencia fundamental, aunque ese grupo se centraba o lo circunscribía fundamentalmente al rol de los padres. Recuerdo un viejo libro que durante una época fue como mi libro de cabecera. Su título lo dice todo: *Guía para una educación no represiva* de Biasutti, 1975. En él, había un cuestionario a través del cual los padres podían pensar si eran o no represivos. Anécdota de aquel entonces que me lleva a considerar muchas cosas y, entre ellas, parece evidente que en aquellos momentos centraba mi preocupación en lo que los padres transmitían o dejaban de transmitir mediante la educación, incluso destila algo de acusación que, en cierto modo, se articulaba en un momento social concreto en el que también aparecía la idea de “madre esquizofrénica”.

La etapa primera, pues, se centraba en la individualidad. Pero eso no era mérito propio: todos los que nos formábamos lo hacíamos en un marco en el que primaba de forma absoluta lo individual sobre lo colectivo. Esa etapa fue quedando atrás y, tras muchos años de trabajo y elaboración de muchas circunstancias vitales, llegué a la posición desde la que hablo: la grupal, la grupoanalítica. Es posible que a alguno de vosotros os sorprenda este posicionamiento, pero es al que los años me han llevado: considerarnos seres individuales es, en realidad, un espejismo, ya que, inevitablemente, somos seres hechos, cocinados, moldeados y sazonados por lo grupal y, por ende, por lo social.

De entrada los conceptos: familia, función familiar, apego y vínculo.

¿Qué entendemos por familia? Tengo a mano un texto muy sugerente de Salvador Beltrán (2009) titulado *Familia. Experiencia grupal básica*. Señalar que la familia es un grupo puede parecer una perogrullada, pero es que es así. En realidad, es el encaje básico a partir del que podemos introducirnos en lo social y, al mismo tiempo, es la vía por la que lo social penetra en nosotros. Es por esta razón por la que la familia es la experiencia grupal básica. En este texto que os recomiendo, aparecen numerosas definiciones al respecto, a cuál más sugerente y acertada. Otro de los textos que tengo ante mis ojos es un libro que sé que en su momento generó una gran controversia, y no porque su autora, Eulalia Torras de Beà (2010), sea precisamente una persona que genere o busque la polémica, sino por la reacción a algo tan elemental y básico como lo que propone en él. Su título, *La mejor guardería, tu casa*.

Criar saludablemente a un bebé. Para mí, ambos libros nos ayudan a pensar un montón al respecto. ¿Qué es para mí una familia? Amén de ser un grupo, una familia es un espacio mental en el que se posibilitan y condicionan los desarrollos de todos sus integrantes. Estos desarrollos son procesos que se suceden a través de la compleja interrelación que se da entre los miembros de la familia que, a través de las interdependencias vinculantes, se moldean mutuamente. Ese grupo es el nexo entre lo social y lo íntimo, entre el yo y el tú, entre el nosotros y el vosotros.

La idea de función es compleja y tengo que agradecer la gran suerte de haber tenido a Pilar González como profesora de Psicolingüística en la UAB, quien, como aquel que no dice nada, soltó en clase en una ocasión: «*Pensamos en griego, hablamos en latín*». Me impactó, aunque en aquellos momentos la frase quedó en barbecho. Con el tiempo esa simiente creció y volvió a transitar por mis circuitos de pensamiento: me lleva siempre a consultar los diccionarios etimológicos y a tener siempre muy presente, cuando estoy con un paciente, qué es lo que dice y por qué elige esta palabra y no otra, etc. En el fondo, somos lenguaje y comunicación.

Si seguimos las directrices de la Real Academia Española, la palabra «función» viene del latín, *functio*, *-ōnis*. Tiene, como muchas palabras, diversas acepciones que enumeraré: **1. f.** Capacidad de actuar propia de los seres vivos y de sus órganos, y de las máquinas o instrumentos. **2. f.** Tarea que corresponde realizar a una institución o entidad, o a sus órganos o personas. **3. f.** Acto solemne, especialmente el religioso. **4. f.** Representación de una obra teatral, o proyección de una película. **5. f.** Obra teatral representada o filme proyectado. **6. f.** Representación o realización de un espectáculo. **7. f.** Fiesta mayor de un pueblo o festejo particular de ella. **8. f.** Convite obligado de los mozos. **9. f.** Escándalo o alboroto que se produce en una reunión. **10. f. Ling.** Papel relacional que, en la estructura gramatical de la oración, desempeña un elemento fónico, morfológico, léxico o sintagmático. **11. f. Ling.** Relación que los elementos de una estructura gramatical mantienen entre sí. **12. f. Ling.** Cada uno de los usos del lenguaje para representar la realidad, expresar los sentimientos del hablante, incitar la actuación del oyente o referirse metalingüísticamente a sí mismo. **13. f. Mat.** Relación entre dos conjuntos que asigna a cada elemento del primero un elemento del segundo o ninguno. En fin, hay varias más, aunque estas acepciones son las que provienen de la misma lengua. Ahora bien, ¿se entiende lo mismo desde la psicología? O mejor, ¿cómo entiendo este término?

En mi mente, la palabra función, tal como la entiendo, se acerca a las acepciones primera, segunda y onceava. Hay un texto de Bion (1987) en el que la explica y la define como *el nombre para la actividad mental propia a un número de factores operando en consonancia* (:19). Intentaré explicarlo de forma más sencilla. Si quisiera organizar una costillada con motivo de mi aniversario, ¿qué haría? Pensaría en un montón de cosas que van a ser necesarias para ello: a quién voy a invitar, cuándo, dónde, qué necesitaré para hacerla, etc. Estos pensamientos forman parte del preparativo de la costillada y tienen una finalidad: que todo el mundo se encuentre cómodo y disponga de todas aquellas cosas que pueda necesitar en un momento dado. Todo esto constituye, en su conjunto, la idea de función «costillada», por ejemplo, es decir, la actividad mental propia a un número de factores que obran en consonancia con un objetivo.

Otro término es el de «familia». Según la RAE, proviene del latín, *familia* y, en nuestro idioma, las primeras acepciones indican que significa: **1.** f. Grupo de personas emparentadas entre sí que viven juntas. **2.** f. Conjunto de ascendientes, descendientes, colaterales y afines de un linaje. **3.** f. Hijos o descendencia. **4.** f. Conjunto de personas que tienen alguna condición, opinión o tendencia común. *Toda la familia socialista aplaudió el discurso.* **5.** f. Conjunto de objetos que presentan características comunes. **6.** f. Número de criados de alguien, aunque no vivan dentro de su casa. **7.** f. Cuerpo de una orden o religión, o parte considerable de ella. **8.** f. coloq. Grupo numeroso de personas.

Dado que el curso va orientado a la infancia, consideraremos que «familia» significa el grupo humano caracterizado por las tres primeras acepciones. Incluso podríamos incluir la sexta, ya que, en muchas ocasiones, es el personal de servicio quien aporta la posibilidad de unos vínculos significativos.

Si retomamos la idea de función y la aplicamos a la familia, centrándola en el cuidado de los hijos, podríamos decir que la función de cuidado será la actividad mental que organiza un conjunto de factores que van dirigidos, por ejemplo, a educarlos, cuidarlos, proveerlos de las capacidades para desarrollarse, etc. Por ejemplo, cuando unos padres van a tener un hijo, la madre, por lo general, comienza a pensar sobre ello: qué necesitaré para el parto, tengo que preparar la canastilla para llevarla al hospital, con qué le vestiré, qué tipo de pañales van a ser mejor para él, dónde dormirá, cómo preparo su habitación... Todo ello es una función materna que va dirigida a garantizar, en la medida que se pueda, que el recién nacido pueda ir ajustándose de la mejor manera a este mundo real y para que la madre tenga todo lo necesario para poder atenderlo lo mejor posible. Eso forma parte de la función materna. El padre tiene otras funciones que ahora no vienen al caso; pero las tiene.

Quisiera añadir una cosa más antes de pasar a otro término. Parece que transmito la sensación de que esa función materna y la paterna colocan al bebé en posición pasiva. En realidad no es tal. Es cierto que, posiblemente, el bebé no dispone de los instrumentos mentales suficientes como para prever las necesidades de sus padres; casi ni siquiera las suyas, en un principio. Pero el bebé no es un ser pasivo y desde el primer momento ejerce, sin darse cuenta, una función: la de crear aquellos padres que él precisa. Es decir, hay una interacción entre él y su entorno (padres, familia...) a través de la que va apareciendo un moldear al otro a partir de mis necesidades. Esto no podemos dejarlo de lado.

Vayamos ahora al otro término de este texto. La palabra apego es la traducción al español del término inglés «*Attach*», que significa «atar, pegar, adjuntar, adherir, tener importancia para alguien, tener cariño por algo o alguien, estar encariñado a alguien» (The Oxford Illustrated Dictionary, 1982) y que, de forma amplia, conlleva el establecer lazos con alguien. En nuestro idioma «apego» significa según el Diccionario de la Real Academia «Afición o inclinación hacia alguien o algo». A poco que lo traslademos a nuestro lenguaje cotidiano veremos que lo solemos utilizar para indicar no solo una afición o inclinación, sino precisamente el establecimiento de un lazo, de un vínculo especial con alguien o con algo. En este sentido, tener apego a alguien o ser un desapegado indica el vínculo, la importancia que para alguien tiene una persona, una cosa o una situación. Y, en cierta medida, no tener apego por las cosas o por las personas habla de alguien que no muestra el más mínimo interés o

inclinación afectiva por nada, lo cual puede llegar a mostrar un aspecto de la patología de esa persona.

Finalmente tenemos la palabra «vínculo» que, siguiendo las directrices de la Academia sabemos que proviene también del latín, *vincŭlum*. Significa «unión o atadura de una persona o cosa con otra», por lo que si lo centramos en el vínculo familiar aludirá a la unión o atadura que existe entre los miembros de esa familia.

Si nos situamos en el primero de los temas que desarrollaremos hoy, vemos que hay una relación importante entre la idea de vínculo y la de apego. Ambos aluden a una unión que existe entre los miembros de la familia, aunque la segunda parece que le añade un matiz particular a la primera. En el terreno psicológico es un término que se ha puesto relativamente de moda, apareciendo frecuentemente en determinados contextos y conversaciones como si se hubiera encontrado ahí la clave de muchas de las dificultades psicológicas que detectamos en las personas a las que atendemos. Su importancia proviene de las aportaciones de Bowlby y Ainsworth, quienes, a partir de los años cincuenta, pusieron en circulación sus investigaciones sobre algo que para los humanos de a pie resulta fundamental: la necesidad y la importancia del vínculo que existe entre el bebé y su madre y viceversa. Sorprende, siento decirlo, que precisemos de investigaciones y corrientes de opinión para subrayar algo tan elemental.

En realidad, para los que estamos en el mundo de las relaciones interpersonales, debiera ser una idea fundamental: el ser humano solo se desarrolla adecuadamente si es capaz de establecer lazos, vínculos con los demás, si es capaz de establecer apegos con las personas y las cosas que le rodean. Y esta idea introduce un elemento que no aparecía en los primeros psicoanalistas. En efecto, desde esta orientación se puso el acento en las necesidades del ser humano. La idea primera era que lo que motivaba era la búsqueda del placer, la satisfacción de una necesidad; posteriormente nos hemos ido dando cuenta de que, sin descartar este aspecto, en realidad lo que interesa es el establecimiento de un vínculo: el hombre busca vincularse a los demás. Y creo que lo que pone de manifiesto esta nueva idea solo puede sorprender a quienes tienen una consideración individual del ser humano. Y es por ahí por donde voy a empezar.

Llegados a este punto podríamos decir que la familia es la célula primaria del grupo social en la que los individuos que la componen establecen unas relaciones vinculantes que se inician en las conductas de apego determinadas biológicamente, y cuya función no es tanto el establecimiento de lazos afectivos cuanto el desarrollo de procesos de constitución y desarrollo de los individuos de ese grupo primario. En este proceso de constitución y desarrollo los miembros se moldean permanentemente a partir, precisamente, de esas relaciones vinculantes que son de interdependencia.

De la individualidad a la grupalidad.

Nos adentramos en un terreno complicado que enmarca mi conceptualización de la vida psíquica y la comprensión del ser humano en general. Voy a tratar de explicároslo de forma un poco detallada, aunque seguro que me dejo muchas cosas en el tintero.

Primeros pasos

Quizás la tendencia a mirar solo al individuo y no a las relaciones que establece con los demás y, fundamentalmente, a su verdadera esencia social, provenga de los movimientos que surgen a partir del Renacimiento. De hecho, la palabra «psicología» no comienza a estar presente hasta finales del siglo XV; pero no será hasta 1879, cuando W. M. Wundt crea el primer laboratorio de psicología en Leipzig (Alemania) que esa voz comience a estar presente en los círculos culturales. Ahí es donde la psicología realiza sus primeros pasos y, como no podía ser de otra forma, se centró en el estudio del comportamiento de los individuos. Entre sus primeros estudiantes figuran personas cuya influencia será muy importante en el desarrollo de la psicología individual.

Freud, como bien sabéis, inició sus primeros pasos a finales del siglo XIX y, siguiendo los conceptos que en aquellos momentos imperaban en la ciencia, centró su trabajo no solo en la asistencia, sino también en la investigación del comportamiento individual de las personas. En 1899 aparece su primer texto, *La interpretación de los sueños*, que marca el inicio de todo un recorrido en el estudio de la psique humana. Si nos fijamos un poco, tanto este texto como los desarrollos conceptuales, que elaboró con su amigo J. Breuer, se centran en la individualidad; de la misma forma que se centraron la mayoría de los estudios realizados desde otras perspectivas psicológicas. Y eso mismo también sucede en la psiquiatría, ya que, desde sus inicios, lo que se observaba era el trastorno o el malestar expresado individualmente (recordemos que no fue considerada como ciencia hasta este mismo período del s. XIX. En concreto, E. Kraepelin fue el primer impulsor de la clasificación de las enfermedades psiquiátricas como tales).

De su impulso inicial se desgajan dos personas importantes, creándose dos corrientes que se apartan de la idea originaria de Freud: Jung y Adler. El primero introduce elementos que salen un poco de la individualidad al hablar, por ejemplo, del inconsciente colectivo y los arquetipos. El segundo, al incluir el elemento del poder dentro del funcionamiento del ser humano, dada la fuerte influencia que tuvo para él el pensamiento marxista de su entorno. Con todo, la presencia de lo individual está garantizada en cualesquiera de los psicoanalistas que siguieron, bien la senda de Freud, bien la de los disidentes en esta primera fase.

En América aparece un hombre, Trigant Burrow, que se apartó radicalmente de la visión más psicoanalítica al constatar con un paciente que le discutía sus interpretaciones que la posición relativa de un analizado respecto a su analista influye en las mismas. Ello le llevó a un replanteamiento de la situación de análisis y a comprobar que las cosas que nos suceden individualmente en realidad no nacen en nosotros: provienen no ya solo del grupo familiar en el que nos hemos desarrollado, sino de generaciones anteriores. Ante este descubrimiento, y al constatar que la posición relativa desde la que se habla condiciona la interpretación de los hechos, se abre una vía diferente de intervención y de comprensión del ser humano a la que llamaré, primeramente, grupoanálisis y, posteriormente, filioanálisis. Y fue más o menos en aquel período de tiempo (primer tercio del s. XX) cuando un psicoanalista alemán, S. Foulkes, que tuvo que emigrar a Inglaterra por la presión de los nazis, inaugura una forma de comprensión del ser humano que había estado fraguándose en la escuela de Fráncfort: el ser humano es, ante todo y sobre todo, social.

El desarrollo del pensamiento grupoanalítico

En el desarrollo de esta forma de pensar y de concebir al ser humano tenemos, al menos, cuatro puntos de apoyo: la escuela de Fráncfort, la teoría de la Gestalt, la sociología de N. Elias y el psicoanálisis.

Las aportaciones de la llamada *Escuela de Fráncfort*

El primer pilar, surge a partir de 1924 en Fráncfort. No es una escuela propiamente dicha, sino una corriente de pensamiento que agrupó a profesionales que se sentían cercanos al pensamiento de Marx, de Freud y de Hegel. Dispongo de poco espacio para ahondar en todas sus aportaciones (una de ellas es el desarrollo, difusión y generalización del pensamiento psicoanalítico, por ejemplo: pero no solo esa forma de entender, sino otras consideraciones sociales y filosóficas como las planteadas por T. Adorno, o el mismo Erich Fromm), pero sí deseo señalar que una de las líneas fundamentales supuso el desarrollo del pensamiento crítico y el centrarse en el análisis del cómo los condicionamientos culturales, económicos y las condiciones históricas y sociales del hombre determinan la capacidad de leer y percibir la realidad, así como su propio estilo de vida. Dicho en otras palabras: no podemos ser objetivos frente a los hechos que describimos y observamos dado que la propia percepción, descripción y observación vienen ya contaminadas previamente por lo que queremos describir, ver u observar; y que nuestros desarrollos individuales vienen siempre condicionados por una serie de factores de los que no somos conscientes, a pesar de que actúan sobre nosotros.

La influencia de la escuela de la Gestalt

Otra influencia notable de la que bebe el grupoanálisis es la que procede de otra escuela importante por aquel entonces, la Gestalt. Dicha corriente nacida en el mismo crisol de la Universidad de Fráncfort, pone énfasis en cómo nuestra mente estructura lo que percibe, siguiendo una serie de leyes que vienen reforzadas, además, por los aprendizajes realizados que han ido quedando almacenados en nuestra memoria. La frase que todos tendremos en la mente es “el todo es más que la suma de sus partes”. Una de las figuras clave es Kurt Lewin, conocido por muchos por sus aportaciones a la teoría de campos o a las descripciones de los fenómenos grupales, pero otra, quizás no tan conocida, fue Kurt Goldstein. Este neurólogo alemán que emigró a los EEUU profundizó en la forma en cómo el ser humano se iba adaptando a las diversas percepciones cuando su organismo había sido dañado. Señala Pintos que «*Para Goldstein, los viejos errores a evitar, incrustados en el paradigma científico del siglo precedente eran de dos tipos: errores en la comprensión teórica de los fenómenos y errores en la consiguiente psicoterapia*» (2010:10). Para esta autora, «*el principal error de conocimiento al que se enfrenta Goldstein procede de la biología: consiste en pretender comprender la vida humana yendo desde la inferior” a los “superior” (...) este error se hallaba vinculado a una concepción atomística del organismo*» (2010:10). Buscaba la unicidad del organismo porque «*la vida mental no es una suma de operaciones neurofisiológicas aisladas definibles una a una*» (Pintos, ibídem). En realidad, lo que subraya fundamentalmente es esa unicidad ya no solo dentro del propio organismo, sino la articulación permanente con lo que le rodea.

En este sentido, el mismo Goldstein subraya la tendencia que tiene todo organismo sano a organizar sus experiencias de forma ordenada y que lo que llamamos alteraciones patológicas son, en realidad, búsquedas más o menos desesperadas por encontrar un nuevo equilibrio cuando determinados hechos cotidianos acaban llevando al traste la tendencia a organizar las experiencias de una forma organizada. Esta organización supone poder poner como elemento central (como figura) unas determinadas vivencias y al mismo tiempo poner otras como elemento de fondo. Gracias a esta capacidad de abstracción el ser humano puede ir separándose de la intensidad de determinadas vivencias, en cuyo caso el equilibrio se restablece; pero, cuando eso no sucede, el propio organismo precisa buscar desesperadamente, si quiera mediante lo que llamamos conductas patológicas, un nuevo sistema de reorganización de sus vivencias del mundo. Ahora bien, aunque las bases perceptivas biológicas son las que son, en toda percepción hay un componente mediatizado por el contexto en el que estamos y, en cierta manera, por un aspecto del aprendizaje que el entorno favorece o inhibe. Dicho de otra forma, en la percepción también hay un componente social.

La influencia de la sociología de Norbert Elias

La tercera pata la tenemos en las importantes aportaciones de Norbert Elias. Si bien su obra no es muy conocida en España, aunque en los últimos tiempos aparece un cierto reconocimiento a sus aportaciones, creo que no podemos dejar de lado algunos de los muchos aspectos derivados de su trabajo. Ciñéndome a lo que me importa para este curso, hay varias cosas que nos pueden resultar interesantes. Si seguimos a García (2011) sus planteamientos se asientan *«sobre dos ideas básicas: la procesualidad y la relacionalidad. La primera (...) consiste en tomarse en serio los procesos que constituyen la realidad. El universo y todas las configuraciones parciales que lo constituyen [son] entidades sumidas a transformaciones inmemoriales»* (:407). Ello nos permite considerarnos también en nuestra dimensión individual como algo que permanentemente está en proceso, en transformación constante. El segundo pilar, *«la relacionalidad [significa que no estamos hablando] de alguno de sus atributos, sino incidir en la misma esencia de lo que es el ser humano. El hombre está constituido en sus relaciones y no existe al margen de ellas»*. (407-9). Estos dos conceptos nos alejan totalmente de la visión individualizada y en cierto modo estática y mecanicista que tenemos habitualmente.

La idea de relacionalidad nos lleva a subrayar que el ser humano fundamentalmente es grupal, nace en el seno grupal (social) y es este contexto el que le moldea. Desde la noche de los tiempos ese ser es, ante todo, ser social que en el proceso de desarrollo (tanto individual como colectivo) tiende a la individualización. El máximo grado de desarrollo individual solo se puede alcanzar a partir de su realidad social. Lo social y lo individual son, en definitiva, dos expresiones del mismo hecho vital. Y es la deformación del interés por el desarrollo individual que prima en estos momentos en nuestra cultura donde radican las dificultades que tenemos para la comprensión del ser humano. En este desarrollo juegan un papel importantísimo las interdependencias que el individuo establece con los demás, mediante las que moldeamos a los demás y somos moldeados por ellos. Desde esta perspectiva se establecen configuraciones dinámicas entre los aspectos constitutivos de cada ser aislado y, al mismo tiempo, entre las personas que de forma cercana o lejana son elementos con los que se relaciona constantemente.

Junto a esta idea aparece otra que es muy sugerente: señala que la tendencia de las ciencias es la de considerar el estudio del “homo clausus”, es decir, el estudio del hombre como ser aislado, encerrado en su propia entidad, en su individualidad. Frente a ello propone el del “homines aperti”, esto es, el del hombre abierto a los demás, en constante interacción e interrelación. Esta perspectiva potencia mucho más la sociabilidad del individuo más que lo opuesto. Si consideramos al ser humano como ser en constante y continua interrelación con los demás y que a través de esta interrelación vamos configurándonos de una u otra forma, podremos comprender –no podría ser de otra manera– lo que son los vínculos y sus consecuencias.

Otro aspecto que subraya es el del poder. Entiendo que ese concepto está preñado de elementos de tipo político y sociológico que dificultan una comprensión amplia del mismo. Lo que subraya es que todo ser humano dispone de un monto de poder; es decir, que el poder no lo tienen unos y los otros no. En mi opinión, y esto es la primera vez que lo manifiesto por escrito, el equivalente social, o mejor dicho, la expresión social y relacional de lo que Freud llamó libido (es decir, la fuerza instintiva que se transforma en eros y tanatos) es el poder. Por él, los humanos ejercemos una presión sobre el otro ser que trata de satisfacer individualmente las necesidades básicas humanas. Según Elias, y en ello coincido, no hay nadie que no disponga de poder, así como nadie está carente de energía libidinosa. Lo que sucede, y ahí hay algo que a mí me interesa resaltar, es que esos niveles de poder existen gracias a que entre todos los humanos hay establecidas unas complejas líneas de interdependencia mediante las que nos vamos adecuando mutuamente. El poder habría que entenderlo como la fuerza gravitatoria de todo cuerpo físico. Según la física, todo cuerpo ejerce una fuerza de atracción sobre otro que es directamente proporcional a su masa e inversamente a la distancia que media entre ellos. Pues bien, algo semejante sucede en las relaciones entre los seres humanos: ejercemos un monto de poder sobre el otro que depende de varias cosas, pero que, en definitiva, es lo que organiza todas las relaciones humanas. Cuando en líneas más arriba señalaba que el bebé no era un ser pasivo, me refería a este aspecto: el bebé también ejerce un poder sobre los padres y en ese poder se cocinan las interdependencias a través de las que cada uno construye al otro y se construye a sí mismo.

La influencia básica del pensamiento psicoanalítico

Finalmente, la cuarta pata de todo este conglomerado es el psicoanálisis, del que no voy a hacer aquí ningún resumen por falta de espacio. Fundamentalmente, esta corriente de pensamiento tiene como objeto de estudio *«los procesos mentales inconscientes de la persona en su desarrollo y en el contexto social en el que se encuentra»* (Marrone, 2008:147). Del pensamiento psicoanalítico tomaré un aspecto que sí me parece relevante para la comprensión de la grupalidad del hombre y que nos servirá para entender la importancia del apego y la de los vínculos. Me refiero a los denominados mecanismos de defensa y las líneas de interdependencia.

Los mecanismos de defensa y las interdependencias vinculantes

Hablar de los mecanismos de defensa supone entrar en un terreno del que no todos los que estamos en este aula tenemos la misma comprensión ni la misma actitud. Y entiendo que tampoco es este el lugar para una explicación detallada de los mismos ni de sus características

intrínsecas. Quizás, si soy capaz de explicar algo de lo que he podido entender de todo esto, podamos captar la esencia que todo ello destila.

De entrada he de indicar que la propia definición del término «mecanismo de defensa» nos pone a la defensiva. No resulta extraño encontrar una reacción, en cierto modo entendible, de aversión o, incluso, de evitación. Como si fuese posible no disponer de mecanismos de defensa. El organismo tiene esos mecanismos en el terreno meramente biológico, ya que de lo contrario cualquiera de los virus y bacterias que nos rodean nos llevarían a la tumba en un santiamén. Si biológicamente tenemos esos mecanismos, ¿no habrá algo parecido en el plano psíquico? Efectivamente, desde nuestro momento más temprano empleamos sistemas inconscientes que tratan de paliar la ansiedad que sentimos ante cualquier estímulo que vivamos de forma peligrosa. Y hay un montón de mecanismos que, unos de forma innata y otros mediante su adquisición a partir de lo que vemos en nuestro entorno, facilitan mantener los niveles de ansiedad y angustia en grados soportables.

En el plano social sucede igualmente. O incluso en el terreno de la vida cotidiana: un paraguas es un mecanismo de defensa ante la lluvia, un abrigo lo es ante el frío. Eso son también mecanismos de defensa. Cuando los responsables de un gobierno ocultan una determinada información, en parte es para que el grupo social que dirigen no la conozca y no le genere un incremento de angustia que suponga un serio problema para la gobernabilidad de ese grupo social. O cuando desvían la atención de los problemas reales de ese grupo hacia zonas que previamente no eran un problema para dicho gobierno, están utilizando, socialmente, un mecanismo de defensa. O cuando señalan que los de “fuera”, los del “otro grupo”, son los responsables de lo que nos pasa, también están utilizando estos mecanismos. Y así podríamos hacer una larga lista de procedimientos defensivos. Y de forma similar sucede en las familias cuando los padres no explican determinadas cosas a sus hijos si esa información les va a sobrepasar y va a generar en ellos un monto de angustia frente a la que no siempre van a saber cómo reaccionar.

Lo que sucede es que esos mecanismos no solo son defensivos: son informativos, dan una determinada información. Si veo a alguien con paraguas, pensaré que llueve (me informa de que llueve). Si veo que va abrigado, consideraré la temperatura que hace, etc. Pues bien, de la misma forma que de forma social entendemos que si la gente va por la calle con camisetas del Athletic y con sus sirenas y bocinas van haciendo ruido es que hay un partido de fútbol, cuando vemos que alguien no capta una información, acusa a un tercero de las cosas que le pasan, racionaliza excesivamente una situación enfriando los afectos asociados a ella, disocia parte de la realidad mirando solo un aspecto de la misma, se enfada desproporcionadamente frente a un hecho banal, etc., entenderemos que se lo pasa mal ante aquel o aquellos hechos, o que trata de evitar algo de lo que ahí está sucediendo y de lo que no es consciente. Si una mañana nuestro hijo preadolescente o adolescente dice que le duele el estómago y que no puede ir al cole, posiblemente pensemos que comió algo malo y le sentó mal; pero igual pensamos que algo pasa en el cole que trata de evitar (es decir, trata de sacarlo de su experiencia relacional). O, si llego tarde a una cita esperada, será porque igual hay algo de ansiedad que hace que comience a hacer otras cosas que retrasan llegar a la hora convenida. O, si ante un viaje me pongo especialmente nervioso, con descomposición intestinal y hasta sudoraciones, algo estoy informando de la angustia que me suscita la idea de volar. Estos comportamientos, como tantos otros, son la expresión de niveles de ansiedad que tratan de ser

controlados o aminorados mediante esos mecanismos y de información que envío al entorno de eso que me está pasando. La información puede emitirse, pero también es verdad que no siempre es recogida: la sordera psíquica también es un mecanismo defensivo.

Y aquí intervienen las interdependencias de Elias, que traje antes a colación. Cuando en la relación que tengo con alguien “evito” abordar determinados temas o fuerza a que se tomen determinadas actitudes, no solo estoy evitando que esos temas sean abordados por mí u obligo a alguien a asumir algo, sino que también informo al otro de que hay cosas de las que no quiero hablar o exijo que esas cosas sean asumidas por el otro. Esto es, no solo “evito” (como mecanismo de defensa que puede estar preñado de negación o escisión), sino que informo (inconscientemente al otro, claro) de que ese tema no desea ser tratado por mí y, en cierta manera, fuerza a que el otro actúe de una u otra forma. Ahí hay (por decirlo cuantitativamente) una línea de interdependencia. Cuando con mi comportamiento exijo que sea el otro quien asuma cosas que no quiero asumir, estoy utilizando también las líneas de interdependencia que nos sujetan a ambos. Es decir, las líneas de interdependencia son los lazos que establecemos entre los humanos mediante los que vamos trenzando nuestras relaciones (de poder) y a través de los que modificamos (con mayor o menor éxito) la forma de ser o de comportarse del otro. Dado que hay líneas de interdependencia que están muy cargadas de significados y de afectos, las denominaré vinculantes: son interdependencias vinculantes.

La matriz.

Finalmente, permitidme introducir el elemento básico de la conceptualización grupoanalítica: la matriz. Creo que a través de ella podremos comprender de otra manera lo que son las relaciones familiares y su patología.

Y ¿qué es la matriz? De entrada es una palabra curiosa porque tiene dos significados aparentemente contradictorios. Por un lado, es el seno materno en el que nos desarrollamos antes de nacer. Ahí crecemos en un entorno seguro, protegido, que nos contiene aportándonos alimento y espacio para ese primer desarrollo. Por otro, es el molde que da forma a una pieza, el patrón que determina cómo una cosa debe ser cortada, tallada o formada. Pues bien, esa palabra es la que se utiliza para describir lo que emerge de la relación entre dos o más personas. Se podría haber elegido, por ejemplo, una palabra muy bonita que proviene del griego, atmósfera. Pero si bien esa palabra alude al vapor que emana un cuerpo y lo envuelve, no le da forma. Pues bien, la matriz es este entramado de relaciones conscientes e inconscientes que desarrollamos las personas de forma involuntaria entre nosotros; es la base común de operaciones mentales sobre la que nos construimos y construimos a los demás; es el reservorio de significados que un determinado grupo genera a través de todo el tiempo en el que los que constituimos ese grupo nos hemos relacionado, significados que pone a su disposición para poder seguir el proceso de humanización en el que estamos involucrados. En la revista *Teoría y práctica grupoanalítica* aparece la siguiente definición: «*Elemento relacional intangible que va constituyendo y sosteniendo a las personas en su proceso de relación con las demás y consigo mismas, que nace y se desarrolla a partir de las relaciones que se dan entre ellas independientemente de su número, y formada por los significados que se crean, se transmiten y que definen y dan sentido a esta relación interpersonal, al tiempo que los determina y condiciona. A través de él, las personas vamos constituyéndonos*»

mutuamente como tales, es decir, nos constituimos y constituimos a los demás y también a nuestro entorno». (Terminología: 569). La urdimbre de relaciones que se dan entre las personas, independientemente de su número, y a lo que llamamos matriz está constituida por los vínculos de interdependencia que se establecen mediante los denominados mecanismos de defensa y comunicación inconscientes. Ahí radicaría la esencia de la grupalidad del hombre.

Todo humano, en su relación con sus congéneres, desarrolla esa matriz que va a ir configurándose poco a poco. Una pareja, por irnos centrando en la familia, a través de su relación crea una matriz. Y a través de esa matriz uno y otro se van haciendo de forma que, con el paso del tiempo, los que no pertenecemos a ese grupo podemos decir aquello de “pues se parecen”. Y se parecen porque, a través de esa matriz y de las líneas y fuerzas que la constituyen, se han ido dando procesos de identificación, de proyección, de negación, de racionalización, de desplazamiento, de... que van haciéndoles pareja. Por eso, cuando entra un nuevo miembro en esta pareja, cuando nace un hijo, éste se incorpora a la matriz de relaciones preexistente, va a ir siendo moldeado por ella y, al mismo tiempo, contribuirá a la creación de la nueva matriz mediante la que también moldeará a los miembros que previamente ya estaban. Fundamentalmente se establece una relación particular con aquellas personas del grupo que son las figuras de referencia en su desarrollo, sus padres, y de las características de esa matriz dependerá el desarrollo o no de muchas de las particularidades de su personalidad. Así, si en la matriz hay desconfianza, esa desconfianza penetra en lo más íntimo de su ser. Si la matriz es de fiabilidad, de seguridad, de apoyo, esos aspectos determinarán esas mismas características en él. Por esto, dado que esa matriz surge de las características de las personas que constituyen el grupo y de los mecanismos que ellos mismos van desarrollando para crearla y para paliar las diversas ansiedades que inevitablemente siempre aparecen, estas peculiaridades de cada uno van a ir codeterminando las del hijo que ha nacido en ese seno; y, a su vez, las peculiaridades del niño irán codeterminando las de sus padres.

Los vínculos afectivos que se establezcan, los esquemas de conducta que se manejan, las vías de facilitación o no de desarrollos que se estimulen en el seno de esa matriz, los significados asociados a todos los aspectos de la relación que la caracterizan organizarán formas de apego que, a su vez, definirán varias formas de desarrollo. En este sentido, a partir del mismo momento en que la madre sabe que está embarazada se comienza a desarrollar un vínculo especial con el futuro bebé. Relación que se potencia a partir del propio parto, iniciándose el desarrollo de una compleja matriz relacional que constituye esa célula narcisista primaria (de la que está excluido el padre) y a partir de la cual se van a activar todos los mecanismos de apego.

Bowlby

Para abordar el tema del apego, que es un tipo particular de vínculo afectivo que da forma a las personas vinculadas, debemos hablar de Bowlby.

Inició su formación en psicoanálisis siendo estudiante de medicina, carrera que acabó en 1933. Trabajó en el Maudsley Hospital y posteriormente en el London Child Guidance Clinic como paidopsiquiatra. En 1940 publicó un primer trabajo titulado *La influencia del*

entorno en el desarrollo de la neurosis y del carácter neurótico. En este trabajo señaló cómo los aspectos hostiles que tenían determinadas madres para con sus padres eran desplazados sobre sus propios hijos; y que ese aspecto se traducía en formas de exigencia inapropiadas hacia estos. Es decir, comienza a establecer una hipótesis de trabajo que enlaza la relación que con sus hijos tenían estas madres con aspectos no resueltos de sus «temas» con sus padres. Fijémonos en estos dos elementos significativos: la relación con el hijo (que, podríamos decir, es algo de ese grupo generacional) y la relación con sus padres. Este segundo punto lo podríamos enlazar con algo que, de alguna forma, T. Burrow indicaba respecto de la intergeneracionalidad de los síntomas.

En cierta manera se distancia del psicoanálisis. Dice en el prólogo de su libro (1997): *«Hay muchas razones por las que mi marco de referencia fue en un comienzo –y es también hoy en cierto modo- el psicoanálisis. Una de ellas (...) es que en la etapa inicial de mi investigación el psicoanálisis era la única ciencia de la conducta que prestaba atención sistemática a los fenómenos y conceptos que parecían tener fundamental importancia para mi tarea: vínculos afectivos, angustia de separación, aflicción y duelo, procesos mentales inconscientes, defensas, trauma, períodos sensibles de la niñez» (:25),* pero esta importancia viró al encontrar otras formas que complementaban esa visión.

En 1944 publica un trabajo denominado *«Cuarenta y cuatro jóvenes ladronzuelos»* en el que se constataba cómo el interés de los profesionales que trabajaban con niños que habían sufrido importantes privaciones en su infancia se centraba más en el estudio y la comprensión de las vivencias “internas” de esos niños que en las relaciones reales de sus experiencias infantiles, lo cual puede ser interesante en el plano de la investigación de la psicología interna de cada uno, pero pierde cierta practicidad en el momento de encontrar soluciones. Y es a partir de ese momento que Bowlby comienza a centrar su interés en demostrar cuán importante es la continuidad de cuidados maternos para afianzar y asegurar una vida más estable posteriormente. Sin embargo, aunque estos aspectos comenzaban a ser cada vez más evidentes, el interés de la comunidad científica se seguía centrando en la importancia que tenía la madre para la satisfacción de determinadas necesidades básicas del bebé y no tanto en los propios lazos afectivos que se establecían entre ambos. Es decir, de nuevo, la importancia de lo individual prevalecía sobre lo grupal al poner el acento en lo que sucedía en la mente del bebé y en cómo la madre contribuía o no a que las fantasías destructivas o de abandono que pudiera crear el bebé predominaban sobre la importancia del lazo afectivo entre ambos.

Posteriormente, trabajó en el Departamento Infantil de la Clínica Tavistock de Londres, y en 1948 recibe el encargo de la OMS de investigar las necesidades de los niños sin hogar, huérfanos y separados de sus familias a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, lo que le puso en el sendero de estudiar lo que sucedía con esos niños que habían sufrido adversidades muy severas en momentos fundamentales de su desarrollo y tratar de encontrar relaciones entre las consecuencias de estas adversidades en la vida adulta.

A mediados de siglo, Bowlby comienza a interesarse por la etología, posiblemente porque el desarrollo de los conceptos y descubrimientos psicoanalíticos se centraban más en los aspectos de la pulsión y no en los de la propia relación. Los estudios etológicos le muestran cómo los animales disponen de esquemas relacionales biológicamente establecidos que son los que aseguran la supervivencia de la especie, por lo que comienza a preguntarse

acerca del «animal humano», ese primate humano, y sobre si dispone o no de mecanismos semejantes a los que aparecen en la biología. En este punto aparece algo interesante llamado la ecología mental. Es como el intento de comprensión del ser humano basado en elementos propios de la observación biológica y no en preconcepciones conceptuales previas. Ahí aparece, por ejemplo, que de la misma forma que los animales buscan ese punto de enganche con un miembro de su especie para asegurarse su propia supervivencia, el niño también la busca. Como busca el alimentarse y otras muchas otras cosas propias de la naturaleza humana.

Desde esta óptica y colocándonos en el terreno grupoanalítico, podríamos señalar que la especie humana dispone de mecanismos biológicamente establecidos que han sido transmitidos de generación en generación para asegurar no solo la supervivencia del sujeto, sino también la de la especie. Lo que importa, pues, es el grupo humano. Esos esquemas se han ido readaptando, redefiniendo a partir de los condicionantes sociales en los que se desarrollan los hombres de esa humanidad, pero en ellos persiste algo básico que es el lazo estrecho que establece con la madre y ese lazo es independiente de los grados de satisfacción libidinal. Dicho de otra forma y que se adecua muy bien a los últimos aportes de la teoría grupoanalítica: lo que importa no es tanto la satisfacción instintiva cuando el establecimiento del vínculo. El ser humano busca, desde su origen, la relación con el otro.

Aunque la teoría del apego se desarrolló fuera de la tradición psicoanalítica y se ha basado en conceptos de la teoría de la evolución, de la etología, de la teoría del control y de la psicología cognitiva (Bowlby, 1988), no hay una ruptura con las conceptualizaciones psicoanalíticas. Fundamentalmente pudo articularse bastante adecuadamente con las propuestas que surgen de M. Klein (teoría de las relaciones objetales) y encajan bastante bien con las aportaciones de Winnicott, Fairbairn y las nuevas aportaciones de Sullivan. Podríamos decir que ofrece una comprensión de los esquemas por los que interiorizamos las experiencias vitales, lo que iría acorde con la teoría de las relaciones objetales, pero al mismo tiempo, al poner más énfasis en los aspectos normogénicos que en los patogénicos, se acerca a las propuestas de la psicología relacional. Posiblemente, el acento en las experiencias reales nos permite un acercamiento desde el grupoanálisis.

Es a partir de finales de los cincuenta cuando los estudios sobre el apego toman una gran relevancia, y el período se prolonga hasta bien entrados los años setenta. En efecto, en 1951, publica un texto que es el que marcará toda una época. Siguiendo las palabras de Torras (2010) «*Según la teoría etológica de la salud mental y de sus perturbaciones (...) el bebé y el niño pequeño deberán ser cuidados en una atmósfera cálida y estar unidos a su madre (o persona que hace función de madre) por un vínculo afectivo íntimo y constante (al que Bowlby más tarde llamó "apego"), fuente de satisfacción y de bienestar para ambos. Gracias al apego los sentimientos de ansiedad y de culpabilidad, cuyo desarrollo exagerado caracteriza la psicopatología, serán canalizados y ordenados*» (:72-3).

Definición de Apego

Si bien en el inicio de este texto he expuesto lo que se entiende por apego en general, ¿qué es lo que entiende Bowlby al respecto? Podemos encontrar una definición en su texto de 1983. Dice: «*Cualquier forma de conducta que tiene como resultado el logro o la*

conservación de la proximidad con otro individuo claramente identificado al que se considera mejor capacitado para enfrentarse al mundo. Esto resulta sumamente obvio cada vez que la persona está asustada, fatigada o enferma, y se siente aliviada en el consuelo y los cuidados. En otros momentos, la conducta es menos manifiesta” (1983:40). Es importante subrayar que en esta definición se destaca el aspecto de la conducta. En otro momento, (1993:205) nos dice: «*La conducta afectiva es un tipo de conducta social de importancia equivalente a la de la de apareamiento y a la paterna*», señalando una diferenciación entre la conducta a secas y la de contenido afectivo; sin embargo, más allá de que toda conducta de relación con el otro contiene un monto afectivo implícito en ella, cuando Bowlby habla de la conducta de apego subraya que es un vínculo especial con el cuidador (fundamentalmente, la madre). El aspecto vincular introduce, en mi opinión, todo el abanico de afectos, significados, recuerdos, expectativas, deseos y temores, que son la coloración afectiva que da valor a la idea vincular. El apego, en mi opinión, es un vínculo afectivo o, dicho en la terminología que he utilizado anteriormente, es un tipo de interdependencia vinculante con personas significativas.

Por ahondar un poco más en la comprensión de Bowlby, quisiera subrayar que, de entrada, el acento que determina la idea de apego se coloca en la propia conducta y no en los elementos afectivos o en los significados que, inevitablemente, van a ir asociados a tal conducta. Permittedme entresacar lo que señala en su texto de 1997(a):

La teoría resultante que por motivos de conveniencia llamo teoría de apego, se ocupa de los mismos fenómenos que hasta ahora se han considerado en términos de “necesidad de dependencia” o de “relaciones de objeto” o de “simbiosis e individuación”, pero hace las siguientes generalizaciones:

- a) Por conducta de apego se entiende cualquier forma de comportamiento que hace que una persona alcance o conserve proximidad con respecto a otro individuo diferenciado o preferido (...)*
- b) En tanto tiene su propia dinámica, la conducta de apego es distinta de la de alimentación y la sexual, y de por lo menos igual importancia en la vida humana (...)*
- c) En el curso del desarrollo sano, la conducta de apego lleva al establecimiento de vínculos afectivos o apegos, al principio entre el niño y el progenitor y, más tarde, entre adultos (...)*
- d) La conducta de apego, como todas las otras formas de comportamiento instintivo, está modificada por sistemas de conducta que a comienzos del desarrollo se van corrigiendo según las metas (...)*
- e) Mientras que el vínculo de apego perdura, las diversas formas de conductas de apego que contribuyen a él están activas solo cuando resulta necesario. Así, los sistemas de que depende la conducta de apego se activa solo en ciertas condiciones (...) sin embargo cuando la conducta de apego se activa de forma intensa, su desactivación puede requerir tocar, aferrarse, o bien la conducta activamente tranquilizadora de dicha figura.*
- f) Muchas de las emociones más intensas surgen mientras las relaciones de apego se forman, se mantienen, se organizan y se renuevan. (...) del mismo modo, la amenaza de pérdida despierta ansiedad y la pérdida real da origen a la pesadumbre (...)*
- g) La conducta de apego se ha vuelto característica de muchas especies durante el curso*

de su evolución porque contribuye a la supervivencia del individuo al mantenerlo en contacto con quienes le brindan cuidado (...)

- h) Brindar cuidados es una conducta complementaria de la conducta de apego y cumple una función también complementaria, la de proteger al individuo apegado (...)*
- i) En vista que la conducta de apego permanece potencialmente activa durante toda la vida y también de que cumple la función biológica propuesta, consideramos un grave error suponer que su actividad en un adulto indica patología o una regresión a la conducta inmadura (...)*
- j) Se considera que la psicopatología se debe a que el desarrollo psicopatológico de una persona ha seguido un camino atípico y no que ha quedado fijado, o ha hecho una regresión, a alguna etapa temprana del desarrollo (...)*
- k) Los patrones perturbados de la conducta de apego pueden existir a cualquier edad debido a que el desarrollo ha seguido un curso desviado (...)*
- l) Los principales determinantes del curso que sigue el desarrollo de la conducta de apego en un individuo y la forma en que se organiza, son sus experiencias con sus figuras de apego durante sus años de inmadurez: la infancia, la niñez y la adolescencia (...)*
- m) El patrón de los vínculos afectivos que un individuo establece durante su vida depende de la forma en que su conducta de apego se organiza en su personalidad (...)* (60-62)

Es interesante constatar estas ideas, que ubican a la conducta vincular llamada apego en la zona instintiva (esto es, no es producto del aprendizaje), así como la insistencia en la normalidad de la misma.

Sin embargo, y sin pretender echar sombras sobre toda su conceptualización, me gustaría subrayar un aspecto que creo que también es preciso incluir: la bidireccionalidad de la relación vincular de apego. Esta característica es la que establece el carácter interdependiente en toda relación, y, en especial, en la de apego. Aunque Bowlby diferencia la conducta de apego, que es la que va del niño hacia la madre o hacia el adulto del que depende, de la que califica como conducta de atención, que es la que va en dirección contraria (Bowlby, 1997a: 208), y que la primera tiene un carácter instintivo, la experiencia me indica que también hay un elemento instintivo en la dirección contraria, por lo que, en mi opinión, también hay un apego desde el adulto hacia el niño.

Aspectos esenciales de la teoría del apego

Podríamos considerar que tres son los aspectos esenciales de esta teoría que, partiendo, como hemos visto, de los presupuestos psicoanalíticos, se entrelaza con las aportaciones de la etología. La etología, recordémoslo, es el estudio del comportamiento animal, es decir, trata de comprender los patrones de conducta que rigen el comportamiento, determinar cómo estos patrones se transiten y qué grado de aprendizaje o de transmisión innata tienen. En el caso de las conductas de apego, Bowlby estuvo muy influido por dos autores de referencia: Julian Juxley y Robert Hinde. Desde estas influencias, Bowlby propone tres elementos entorno a los que desarrolla la teoría:

1) El sistema de comportamiento. Tratando de explicar esto sin salir del planteamiento grupoanalítico desde el que me he colocado no es fácil, ya que la explicación que da de estos sistemas tiene bastante de conductual. Lo que subraya Bowlby es que el ser humano dispone de un abanico de sistemas de comportamiento o conducta que buscan cubrir las necesidades de determinados aspectos biológicos. Así, habría un sistema de comportamiento para alimentarse, para establecer relaciones sexuales, para explorar, para agruparse, etc. Siguiendo las ideas de Bowlby, cuando se precisa cubrir una determinada necesidad, el sujeto necesita incrementar la proximidad con algún congénere preferido y, por lo tanto, se apega a él. ¿A quién elige? A aquella persona que de alguna forma le garantiza que esa necesidad va a ser resuelta. Ello conlleva una distinción importante: por un lado estaríamos hablando de los aspectos conductuales que, inevitablemente, vienen acompañados de componentes emocionales, cognitivos y de conducta propiamente dichos. Pero, por otro lado, estamos hablando del propio apego, del vínculo *per se* que iría por otro lado. Es decir, habría como un componente instintivo que lleva a las personas a vincularse, a apegarse con otras, componente que se iría enriqueciendo de aspectos emocionales y cognitivos, y un elemento vinculante en sí mismo.

Anteriormente mencioné los mecanismos de defensa y cómo a través de ellos se establecían unas interdependencias determinadas. Y señalábamos, también, que estas interdependencias tienen un elemento vinculante en tanto que atrapan a las dos o más personas involucradas en la relación. Si nos ubicamos en un recién nacido, y parto de la base de que el niño (por ponerme en un extremo de la ecuación madre-hijo) desde el inicio ha establecido con su madre un lazo que proviene de su propia esencia biológica (se ha engendrado en ella, por ejemplo), ese lazo supone que en la base biológica de la incipiente psique infantil se van instalando sensaciones agradables, vivencias que son «nutritivas» para el hijo que son las que le vinculan con esa madre: desde la tranquilidad que recobra al reconocer el olor de su madre o el propio latido cardíaco, hasta los primeros escauceos con el pecho, el calostro... Las vivencias negativas son, en principio, no reconocidas como tales, expulsadas de la incipiente conciencia infantil por propia necesidad de supervivencia. Pero, de la misma forma, la madre también establece con su hijo un vínculo biológico (lo tuvo en su vientre durante muchos meses) que va en la dirección de garantizar, al máximo, la seguridad en el desarrollo y el bienestar de su bebé. Esa unión bebé-madre es lo que denominamos «célula narcisista primaria».

Progresivamente el niño va ampliando este tipo de vínculos con aquellas personas que para él comienzan a representar un particular significado y es desde este significado que se establece ese apego. Por ejemplo, si la nieta asimila que el juego es con el abuelo, el apego particular en lo lúdico se establece con este personaje; pero viceversa también. Diríamos que para ambos se ha establecido un apego en torno a lo que desde otra perspectiva de la psicología podría denominarse comportamientos de apego.

2) Senderos de desarrollo. Es interesante esta idea. Proviene de un biólogo, Waddington, para quien el desarrollo del individuo prosigue un sendero que le guía o le conduce hasta la meta a la que desea llegar. Desde este ángulo, el desarrollo del ser humano precisaría de guías que le acompañen en estos procesos. Pero a lo largo de los mismos nos encontramos con pérdidas y privaciones que, si en paralelo coinciden con vínculos con personas que presentan pautas dificultosas de relación y comunicación, la consecuencia es que el desarrollo se verá

seriamente alterado. Las personas más significativas en este aspecto son las figuras parentales. En este orden de cosas, si el vínculo que se ha establecido no favorece el desarrollo de pautas más normogénicas, las dificultades aparecerán a partir de la interiorización de estas directrices suministradas involuntariamente por dichas figuras.

Desde la perspectiva grupal, ¿de qué estaremos hablando? El grupo familiar es el seno dentro del que el individuo se desarrolla. Dicho grupo proporciona una matriz de relaciones y comunicaciones dentro de las que el recién llegado va a irse haciendo, y colaborará (con su particular estilo de relación) en su construcción. Este grupo, que preexiste antes del nacimiento del niño, posee unas determinadas pautas de relación y de comportamiento junto a todo un abanico de significados y otros componentes que determinan la cultura de este grupo familiar. Dado que es imposible garantizar que a lo largo de los primeros años del desarrollo no haya situaciones en las que la vivencia de pérdida o de abandono no esté presente, las formas mediante las que los adultos les hacen frente generan registros de pautas de funcionamiento en el niño que está en ese grupo. Es justamente por las características de la matriz en la que se desarrolla por lo que el niño (y también el adulto) presentará pautas de funcionamiento con más o menos características psicopatogénicas.

3) Los modelos internos de trabajo. Esta es otra idea muy sugerente. El concepto fue formulado por Bowlby en 1969 y posteriormente por Peterfreund en 1986. La consideración de modelo interno hace referencia, inevitablemente, a lo que podríamos denominar “mundo interno del sujeto”, esto es, al espacio mental en el que se negocian constantemente las relaciones con nosotros mismos y con el entorno. A través de esas negociaciones, en las que de forma inevitable entran en juego los mecanismos de defensa y comunicación, establecemos un esquema del mundo en el que estamos y de nosotros mismos mediante el que nos conducimos por la vida. El que sean «de trabajo» nos ayuda a considerar que no son esquemas fijos, sino que están en permanente reelaboración, lo que es propio de nuestro sistema psíquico. Este conjunto de elementos van configurando esquemas de referencia, como un reservorio de imágenes, significados y afectos a través de los que vamos estableciendo esos vínculos con los demás. En la construcción de estos modelos internos de trabajo juega un papel muy relevante la matriz de relaciones del grupo familiar.

Estos tres componentes configuran la base sobre la que se construye la teoría del apego. Ahora bien, como hemos visto, ha aparecido un concepto que no es de Bowlby y sí que es central para la comprensión grupal. Permittedme pues, hacer un pequeño alto para detenernos en él.

Tipos de relaciones de apego.

Los diversos autores determinan cuatro tipos de relación de apego: el seguro, el ambivalente-resistente, el evitativo y el desorganizado. Veamos con un poco más de detenimiento estos tres esquemas.

Apego seguro. Consideraremos como tal aquel que se establece entre el niño y el adulto de referencia principal, y cuya característica es la fiabilidad de disponer del adulto si se le precisa. Se caracterizaría por tres componentes claros: el placer que da esa relación y, en especial, el contacto físico con esa persona, la capacidad de tolerar breves o menos breves

períodos de no contacto y el convencimiento de disponer de la figura con respecto a la que establecemos ese apego en momentos de necesidad. En realidad estamos ante un proceso en el que cada niño va interiorizando esa figura materna “de presencia segura”, y la seguridad que perciba le posibilitará alejamientos más fiables.

Por parte del adulto, representa la predisposición a estar atento a las necesidades del niño y a sus propias capacidades de resolución de la situación que le inspira temor. En este sentido, vienen bien las ideas de Winnicott respecto de la relación materno-filial. El genial pediatra definió a la «madre suficientemente buena» como aquella persona que es capaz de estar atenta a las necesidades de su hijo permitiéndole hacer frente a las situaciones de tensión y estrés, y transmitiéndole la confianza de que va a estar ahí si la precisa. Esto supone que el adulto, la madre en este caso, pero no necesariamente ella, va dosificando las situaciones de separación, de frustración y de tensión de forma que el propio niño sea quien vaya desarrollando sus propias capacidades. Este estar atento sin excesiva intervención, este poner normas adecuándose a la capacidad del niño para comprenderlas, este soportar determinados grados de tensión ante la dificultad del niño sin transmitírsela, ya que está convencida de que el niño será capaz de resolverla, son cualidades de esa figura.

Pero en todo este proceso también se ponen en juego las propias experiencias de apego del adulto cuidador ya que, entre otras cosas, debe poder tolerar que el niño no está a su servicio (esto es, que el niño no es ese otro adulto del que él depende también), lo que redundará en beneficio de ambos. De las experiencias personales que ese adulto tuvo respecto de las figuras de apego dependerá muy mucho el tipo de apego que contribuya a cristalizar. En efecto, todo ello supone que el vínculo que se establece también desde el adulto se sustente en experiencias personales de seguridad y confianza. Ello nos lleva a considerar cómo la forma en que el adulto fue capaz de hacer frente a las situaciones complicadas desde la propia confianza en resolverlas y la confianza que él mismo tuvo en la matriz de su grupo familiar originario, son aspectos que se transmiten en la actual relación con el niño. Esa seguridad, esa confianza conlleva la capacidad de poder ponerse en la piel del otro, de comprender qué es lo que debe estar viviendo y valorar las capacidades de superación de un determinado problema; es decir, tener la capacidad empática suficiente como para poder interpretar las emociones y vivencias que tiene el hijo ante una situación dada.

Todo ello redundará en desarrollos autónomos basados en la confianza. La atención que se presta por parte del niño hacia sus padres va dirigida a constatar que están ahí sin invadir el espacio personal.

Apego ambivalente o resistente. La ambivalencia supone la existencia de una tensión interna que no puede acabar de resolverse. Esa ambivalencia se expresa mediante un estado o una expresión de ansiedad elevada. Y, fundamentalmente, por la ausencia de la confianza suficiente de la que hablábamos antes. Esa ambivalencia, esa duda que se detecta en el niño habla también de la recíproca. El vínculo contiene dosis de inseguridad, por lo que la correspondiente conducta de apego expresa esa misma inseguridad. Esta ansiedad puede manifestarse de dos formas, bien mediante un exceso de actividad desordenada y desconcierto (como tratando de localizar a la persona de la cual depender), o bien con pasividad (forma pasiva de desconectar de la propia excitación). La tensión que ello genera no facilita que

cuando realmente está con la persona de la que depende, esa ansiedad desaparezca, sino al contrario: se mantiene, con lo que activa la reacción negativa del cuidador, confirmándose la desconfianza previa. Es como si, en el fondo, le pasara factura y se resistiera a esos cuidados ocasionales.

Dado que las relaciones siempre son bidireccionales, cuando el apego es ambivalente habrá que considerar qué hay de ambivalente en el cuidador y en la relación que se establece. En este caso, esta ambivalencia muestra el temor que tiene el cuidador frente a las consecuencias del propio apego. Si existe el temor a que sea negativo, es lógico que se retire cuando el niño pide acercamiento. Y que en otra ocasión sea excesivamente invasivo en la relación, con lo que los aspectos conductuales del comportamiento no encuentran el esquema de referencia estable a partir del que poder tener una relación más segura.

El apego evitativo se caracterizaría por evitar el vínculo. Los niños, en estas circunstancias, no expresan deseo de vincularse dada la frustración inmensa que han padecido y el temor a que se repita. Y el aspecto depresivo de la relación se manifiesta mediante alteraciones del estado anímico, en la expresión de su agresividad y la falta de afecto hacia el cuidador. Si consideramos que esos aspectos conductuales se relacionan con un particular vínculo con el mundo y, en especial, con las figuras de referencia, podremos deducir que la evitación del contacto les llevará a una frialdad en las relaciones sociales, potenciando posiblemente los aspectos intelectuales o racionalizadores, pero manteniendo una distancia afectiva con el otro.

Estas relaciones, dado que estamos en un contexto de interdependencias vinculantes, hablan también de las dificultades del adulto para el establecimiento de ese contacto con el niño. Cuando el adulto del cual depende el niño no se muestra afectivo y cercano, sino evitativo y distante, lo esperable es que lo que se le estimula al niño es precisamente esta forma de relacionarse.

Apegos desorganizados. Esta cuarta categoría fue añadida por M. Main y Judith Solomon (1999). Hace alusión a comportamientos extremadamente exagerados en cuanto a la agresión o a la paralización, y habla del alto grado de sufrimiento existente en estos niños.

Fijémonos en que los cuatro tipos de apego descritos se centran, fundamentalmente, en el lazo afectivo que une a las personas. Ahora bien, ese lazo afectivo ¿se transmite y se expresa solo mediante caricias, miradas, acercamientos, abrazos o comportamientos que podríamos catalogar de lenguaje no verbal? Creo que no. El ser humano precisa constantemente de la comunicación, sea esta verbal o no. En realidad, todo acto humano es comunicación, y lo es porque no deja de ser la expresión del mismo proceso que se da en lo que pudiéramos llamar «interior de sí mismo». Dicho de otra forma: siempre que hablamos, que transmitimos algo a alguien (independientemente de nuestra voluntad de expresión), siempre que realizamos un gesto o callamos una información, en toda circunstancia estamos expresando algo que también sucede en lo que podríamos llamar espacio psíquico. Eso, en palabras quizás más entendibles que me expresó una paciente en un grupo, se traduce de la siguiente forma: «*Quan el Pau parla d'en Pere parla més del Pau que d'en Pere*» (cuando Pablo habla de Pedro habla más de Pablo que de Pedro). Ello significa que cuando estoy hablando con alguien y, por ejemplo, le pregunto cómo está, en esta pregunta está subyaciendo el deseo de conocer ese «objeto» que tengo ante mí, tratando de establecer un

vínculo a través del que «su mundo» pueda ser accesible a «mi mundo». Ahí se están cocinando, sin darnos cuenta de ello, una infinidad de transacciones emocionales, cognitivas, conductuales, fantásticas, simbólicas, etc., que permiten que mi yo se haga un poco más con ese objeto que es mi interlocutor. Y toda esa relación se da en un contexto que va a ir determinando un montón de significados y, particularmente, va a ir definiendo mi relación con él y su relación para conmigo.

Eso significa que en mis comunicaciones se van a dar una serie de intercambios que van a definir muy bien esa misma relación. ¿Qué sucede si en esta relación se dan con mucha frecuencia mensajes contradictorios o paradójicos? ¿Qué sucede si en esta relación el vínculo es importante y en estos mensajes paradójicos se pone en tela de juicio el vínculo y el apego que hay establecidos o que se están estableciendo? Esto es lo que trató de indicar un biólogo y antropólogo, Gregory Bateson, y que constituirá la base de la conceptualización del doble vínculo.

2ª Parte: Adversidades tempranas

El doble vínculo.

Esta propuesta no nace en el vacío. Bateson es bastante más cosas que esa aportación que entronca bastante con todo lo que hemos ido diciendo hasta el momento. Habrá que indicar que G. Bateson fue un estudioso del comportamiento humano y su primera premisa, la ecología mental, trata de comprender la evolución cultural del ser humano desde la biología o desde los procesos naturales. El impacto que supuso su encuentro con Margaret Mead, influyó notablemente en su desarrollo.

Bateson trabajó con Jurgen Ruesch y de esta colaboración surge un libro: *La comunicación: la matriz social de la psiquiatría* (1951). Posteriormente, Bateson se traslada a Palo Alto y, junto Haley, Fry, Wakland y Jackson, desarrollará una de las teorías más sorprendentes acerca de la esquizofrenia, la teoría del doble vínculo. Con todo, esas ideas, que pudo ir elaborando, se corresponden, en buena medida, con aspectos que venían siendo explicitados desde la escuela de Fráncfort o la de la Gestalt, e incluso con las aportaciones de Elias; ello nos llevaría a considerar cómo las ideas, en realidad, van fluyendo en la matriz de relaciones sociales y a constatar que quedan personificadas o expresadas por unas personas cuya sensibilidad les permite ser portavoces de ellas.

Esto es lo que se percibe en algunos aspectos de la filosofía que subyace en Bateson, que no difiere, en el fondo, de la que propugnó N. Elias, si bien la forma es diferente. Para nuestro antropólogo «*La visión correcta del mundo es aquella que atiende a las relaciones dinámicas que rigen el crecimiento*» (Bateson 1933:390) considerando una unicidad entre el individuo y su entorno, desechando la dualidad mente-cuerpo; Elias, por su parte, hablaba de la procesualidad y la relacionalidad, subrayando la no diferencia entre el “mundo interno” de las personas y su “mundo externo”, toda vez que el individuo es, ante todo, social. Dentro de este contexto de relaciones, Bateson postula que toda comunicación es interacción y comportamiento, lo que nos permite considerar que la propuesta del doble vínculo no solo es un tema comunicativo, como normalmente se plantea, sino un tema de comportamiento. Aquí

volveremos a conectar con aportaciones de Elias y otras muchas del propio Foulkes. Por ejemplo, Bateson nos habla de la comunicación como matriz social, lo que permite que no podamos ver al individuo como algo aislado o independiente de los demás seres, sino como lo que él llama «un ser en relación dialéctica con los demás». Esa idea queda subyacente en los planteamientos de Elias cuando hablábamos de interdependencias.

En lo concreto, el doble vínculo describe una particular forma de relación observada en familias en las que hay un miembro esquizofrénico. En cierto modo, se hace eco de una idea, poco comprendida y culpógena, que apareció en la segunda mitad del siglo pasado en torno a la madre esquizofrenógena (Frieda Fromm-Reichmann). En realidad, esa persona activaba mensajes de doble vínculo. Esa relación conlleva la paralización de la propia relación en un nudo imposible de resolver, a menos que nos apartemos de él. Pondré un ejemplo para que se comprenda: un marido, quejoso ante lo que hace su mujer, le dice: «Nunca haces nada útil». Ante esta situación la mujer trata de enmendar su supuesto comportamiento y busca ser útil y, por ejemplo, prepara la cena. Ante la cena, el marido le dice: «Ves, de nuevo acabas de hacer algo absurdo e inútil». ¿Qué salida le queda a la mujer? Si no hace nada, es y se siente inútil. Pero si hace lo que cree que tiene que hacer, eso que hace es calificado de inútil. Esta sería una situación de doble vínculo. Por poner otro ejemplo: la madre le dice al hijo, «Me tienes harta porque eres un desordenado, mira cómo tienes el cuarto. ¡Qué desorden!» Ante esta situación el hijo, por complacer a su madre, hace un esfuerzo por ordenar su cuarto siguiendo sus propios criterios. Contento, va a donde su madre y le dice: «Mamá, he ordenado el cuarto». La madre va a verlo y desaprueba su orden señalando: «¿A eso se le llama ordenar el cuarto? ¡Qué desastre que eres! ¡Nunca aprenderás a ordenar las cosas como es debido! Y le deja ahí. ¿Qué hace el chaval? ¿Ordena según sus propios criterios, con lo que choca con los de su madre, u opta por no ordenar para no topar? Pero, entonces, topará porque nunca ordena su cuarto...

Ahora bien, esa comunicación no tendría, en mi opinión, mayor transcendencia si no fuese por un elemento fundamental: el apego. El vínculo que se establece entre madre e hijo, entre la mujer y su marido, entra en una situación conflictiva porque el aprecio hace que uno actúe para contentar al otro, pero, al mismo tiempo, el mensaje que recibe, hágase lo que se haga, es que eso que hace no es lo que uno tiene que hacer. Si la dinámica vincular es de doble significado, los procesos afectivos internos de elaboración de la relación topan con incongruencias que no pueden resolverse.

A modo de conclusión primera

Hemos abordado algunos aspectos de la teoría grupoanalítica para, desde ella, encajar las aportaciones de Bowlby. En realidad, la importancia que le da al valor instintivo del establecimiento de ese vínculo casa bien con los desarrollos grupoanalíticos y, en concreto, con la idea de matriz. Si esta urdimbre de relaciones inconscientes que se establecen entre las personas es la que moldea todo nuestro ser, una de las líneas que la constituyen es el apego que se tiene para con algunas personas que son significativas en determinadas áreas del desarrollo humano. Ciertamente es que las interdependencias no son contempladas como elemento instintivo en el sentido estricto, sino como componente relacional que surge inevitablemente de la necesidad instintiva de vincularse con el otro.

Adversidades tempranas

¿Qué es una adversidad? Siguiendo con la tradición, debemos consultar el diccionario. La palabra proviene, como es habitual (hablamos en latín, pensamos en griego), del latín *adversitas*, *-ātis*. En nuestro idioma, significa: **1.** f. Cualidad de adverso. **2.** f. Suerte adversa, infortunio. **3.** f. Situación desgraciada en que se encuentra alguien. Esto significa que, al hablar de adversidades tempranas, deberemos referirnos a esas situaciones desgraciadas en las que pueden encontrarse los niños de tierna edad; digamos que nos referiremos a las situaciones que se dan antes de los diez o doce años. ¿Qué situaciones son esas?

Hacer un listado de adversidades no resulta fácil, ya que hay adversidades menores (tener un hermano, incorporarse a la guardería) y otras que podríamos considerar mayores (ruptura del lazo familiar, violencia, ingreso en un centro, adopción, muerte de un progenitor, enfermedades de los padres o del propio niño, migraciones). En todas ellas aparece un punto común: la ruptura de las relaciones que se dieron en el seno del grupo familiar; o la inexistencia de unas mínimas relaciones sostenedoras. Eso nos hace dirigir la mirada hacia la matriz del grupo primario, la matriz familiar.

Hemos dicho en otro momento que el conjunto de relaciones y comunicaciones que se establecen en el grupo familiar constituyen su matriz. Y también que esa matriz presenta dos componentes en su propio nombre: el elemento contenedor y el formativo. Estas dos características se ponen a prueba constantemente, ya que la matriz es el resultado del proceso comunicativo y de relación, es su consecuencia. Esto significa que es el grupo familiar quien va a hacer frente a las diversas adversidades de la vida y que el resultado final y las consecuencias que generen van a depender mucho de cómo ese grupo ha enfrentado la situación.

Adversidades menores.

Señalaba que adversidades menores son aquellas que se dan en un normal desarrollo del grupo familiar. Para ello antes hay que comprender todo lo que conlleva la experiencia de ser madre, que habla de la profundidad del establecimiento de vínculos extremadamente sensibles a todo cambio, por muy natural que ese sea (Stern, D. 1999). Una de las adversidades menores puede ser el nacimiento de un hermano o el ingreso en la guardería o el parvulario. O los cambios en la persona que habitualmente puede acompañarlos, como puede ser la canguro. Estas situaciones, que por su propia normalidad o frecuencia consideramos que no afectan a las relaciones de ese ser todavía inmaduro, no las acabamos de considerar como potencialmente dañinas; sin embargo, potencial dañino sí tienen. En ellas, el padecimiento proviene de la vivencia de ruptura del lazo o del vínculo con el progenitor de referencia.

El nacimiento de un hermano. Es lo habitual, ya que es una situación en la que el “destronamiento” que conlleva ha sido vivido en mayor o menor medida por todos nosotros. Pero ese destronamiento no es tanto porque ya no tenga las prerrogativas que podría tener en la situación anterior, sino porque el vínculo de apego se renegocia hasta niveles en los que el «mayor» o los «mayores» pierden el *statu quo* que tenían previamente. En realidad, es una

reestructuración de la configuración familiar visible, por ejemplo, en la distribución del lugar que se ocupa en la mesa o en el dormitorio. En esta situación, los celos y la envidia que se activan son la expresión del sufrimiento vincular asociado a la aparición de un hermano, a los afectos que se le dan, al cambio de lugar en la configuración familiar y al malestar que se siente al percibir atenciones o cuidados que se consideran básicos para mantener el bienestar que uno tenía anteriormente.

Evidentemente en este juego están implícitas las vivencias que los padres tuvieron en situaciones similares, ya que de su mejor o peor digestión dependerá la habilidad para poder compensar o contrarrestar las lógicas reacciones ante el hecho. En esta habilidad cuenta también el género del recién nacido, cómo queda en relación a cada uno de los progenitores y las reacciones que tiene el grupo familiar extendido ante tal hecho. Pistas para ir entendiendo esas cosas que guardan relación con la posición que ocupa uno en su constelación familiar aparecen, por ejemplo, en la elección del nombre.

La incorporación a la guardería. Cuando la Dra. Torras de Beà presentó su texto (2010), levantó mucha polvareda. «*La publicación de esta entrevista generó mucha respuesta (2010:16-7)*», dijo esta autora tras publicarse una entrevista en la que muchas de las cosas que decía están en este texto. Si lo miro desde la perspectiva que me da la experiencia, creo que lo que dice esa autora apunta muy bien a un aspecto de la relación materno filial: no somos suficientemente conscientes (tanto desde lo individual como, y esto es más grave, desde lo social) de que cuando sometemos a un niño (por necesidad, no quiero dudarle) a estos procesos de separación en edades en las que su desarrollo emocional está en momentos tan tiernos, le estamos poniendo ante la tesitura de renegociar los vínculos con su madre (ya lo siento, pero es así) de forma brusca y prematura. En cierto modo, y siento decirlo de esta manera que puede ser malinterpretada, las necesidades económicas y, en ocasiones, esa preeminencia en lo que se viene en denominar “realización personal” oscurecen las necesidades reales de un bebé o de un niño pequeño. No quisiera desmerecer el esfuerzo que realizan muchísimos profesionales que están en los jardines de infancia, en las guarderías y en las clases de párvulos, por disminuir los efectos de una separación en edades tan tempranas; ni tampoco negar que hay situaciones reales en las que esa decisión es dura también para los padres. Pero estas decisiones no dejan de ser momentos (que, en ocasiones, duran muchos meses) en los que al niño pequeño se le activan poderosísimos sentimientos de abandono que son los que justamente combate el instinto de apegarse. No es de extrañar, pues, que aparezcan reacciones de todo tipo: desde el no reconocimiento de la madre cuando va a buscarle, a la pataleta, al llanto tras la separación, inquietud, alteraciones en el dormir, exceso de conducta de “apego” como un intento desesperado de volverse a enganchar, miedos...

Es cierto que también cuenta mucho el momento y cómo los padres optan por esta solución. No suele ser lo mismo que coincida con el nacimiento de un hermano o que solo se acuda al centro durante unas horas de forma que el “recuerdo de la presencia de la madre” pueda seguir estando presente. Y también que hay niños y niñas, como hay apegos y apegos.

Cambios de canguro. La canguro no deja de ser una madre sustituta. A poca habilidad, a poca capacidad que tenga de empatizar con el niño pequeño, esa persona es la que le va a cuidar en tanto que los padres no están en casa. Y la relación que se establece con ella puede llegar a ser fundamental en el desarrollo de ese niño. En ocasiones, sobre todo cuando la canguro está

muy presente en las épocas de adquisición del lenguaje, el niño incorpora palabras del idioma de esa canguro o expresiones o formas de ser de ella. Y si la dedicación es exclusiva, lógicamente el vínculo que se establece puede llegar a ser tan o más importante que el que se tiene con los padres. Por esta razón, los cambios de canguro no son aconsejables: lo que se cambia no es solo la persona en concreto, sino el tipo de vínculos que esa persona establece con el niño. Y nunca hay dos vínculos iguales.

Adversidades mayores.

Si las anteriores tienen potencial dañino, mucho más lo tienen las que suponen una ruptura total o casi total de los vínculos a través de los que nos construimos. Esta es la situación que se da en las rupturas del lazo familiar debidas a los altos grados de tensión agresiva y abandono que en algunos hogares se pueden llegar a dar, o el ingreso consiguiente en un centro de menores, o el ser adoptados, y otras situaciones igualmente duras como las que siguen a la muerte de un progenitor (en especial cuando quien muere es la madre), problemas de convivencia debidos a enfermedades de los padres o del propio niño, o situaciones de tensión de pareja que desembocan en divorcios (y, en ocasiones, en un rosario de sucesivos emparejamientos posteriores), las consecuencias de movimientos migratorios o incluso ante la pérdida de la identidad que conllevan las situaciones de paro, de pérdida de domicilio o de jubilación.

Rupturas del lazo familiar. Todo grupo humano, en tanto que es el resultado de las relaciones que se dan entre las personas que lo componen, tiene en su esencia elementos que amenazan su integridad. Y como la familia es un grupo tendremos que considerar qué aspectos amenazan esos lazos.

Hemos mencionado, en el apartado de adversidades menores, los celos y las envidias. Son sentimientos que no solo los tienen los niños, también los adultos. Y, cuando estos sentimientos arraigan en las relaciones, el niño se ve zarandeado por tensiones activadas por estos sentimientos. Los celos, este sentimiento que se activa al suponer o sospechar que un tercero capta más la atención y los afectos que a mí me corresponderían, están presentes en muchas familias. Y más allá de las consecuencias de aquellos celos activados por personas ajenas a este grupo familiar, quisiera dirigir la atención a los que se ponen en marcha entre los miembros de la familia. Hay padres que no toleran la atención que requiere el bebé por parte de su madre, o la predilección de un hijo por uno de los progenitores. En ocasiones esta tensión se activa con los hermanos, abuelos o tíos. En estos casos, es el propio bebé o el niño quien vive en primera persona estas lides que, por lo general, se manifiestan incluyendo la frase “a quién quieres más”.

De la misma manera que los celos, la envidia es otro sentimiento que en ocasiones señorea por el hogar: la envidia, ese sentimiento por el que deseo eso que tiene el otro, porque considero que en esto que tiene está la clave de la felicidad o de la suerte o... Por eso no quiero que lo tenga él, sino que lo debo tener yo. Y si lo tiene él, lo destruiré para que no lo tenga nadie. En ocasiones, esa envidia se establece entre los padres: hay padres que sienten envidia “del pecho”, ya que es a través de él que el hijo establece una relación particular con la madre. Pero el abanico de objetos en los que depositar la envidia es muy amplio y las tensiones pueden llegar a amenazar el lazo de unión entre un padre y un hijo.

Muchas veces estos problemas generan tal tensión que la ruptura del vínculo de pareja está servida. Cuando esto se da, el hijo se ve sometido a la terrible tensión que supone el divorcio o la separación de los padres. Y a servir, en algunas ocasiones, de juez o de quien decide algo dentro del equilibrio tan precario al que ha llegado la relación entre sus progenitores. ¿Quién me quiere más o a quien chantajeo mejor?, pueden ser una de las preguntas que acabe formulando el niño para obtener beneficios a corto plazo. Y si bien hay que aceptar que, a veces, es peor la convivencia con ambos padres, dado que el acuerdo de convivir no siempre es posible, parece lógico pensar que un acuerdo de convivencia es mejor que una separación. Eso conlleva un esfuerzo tan importante por parte de los padres que no siempre están en condiciones de aceptarlo.

Violencia. La agresividad es algo que pone directamente en cuestionamiento los vínculos que existen con las personas de las que uno depende. Las vivencias de agresión verbal o psicológica pueden ser tan elevadas que acaben dejando una huella imborrable en la constitución de un niño. En ocasiones la incomprensibilidad de lo que se está viviendo acaba tomando forma de reproche hacia sí mismo, lo que agrava más la situación personal del niño. Y el aprendizaje inmediato es que él también puede ejercer esa violencia contra aquel progenitor por el que se ha sentido más dañado. Y eso es así porque en la matriz de relaciones anidan los elementos que constituyen esa violencia. En muchas ocasiones, los elementos que más se activan son los de identificación proyectiva e introyección proyectiva.

Ingreso en centro de acogida. Aunque no todos los niños que se ven abocados a esta salida de emergencia provienen de hogares en los que la violencia está presente, sí que lo ha estado en muchos de ellos. Ese ingreso supone la ruptura total de los lazos que existían, precariamente, en el seno familiar; por muy roto que estuviese. No es solo la ruptura, sino la necesidad de establecer unos nuevos vínculos con personas que no siempre van a estar a su lado y con niños que también proceden de hogares rotos por lo que estos también requieren y buscan desesperadamente afectos y lazos vinculantes. Y aunque hay centros en los que la atención está muy cuidada para tratar de aliviar, en la medida de lo posible, la vivencia de desvalimiento y de pérdida de identidad que ello conlleva, no siempre estas condiciones pueden estar presentes o pueden mantenerse por mucho tiempo. Y cuando algunos de esos niños son dados en adopción, la necesidad de restablecer vínculos estables se alterna con el pánico a perderlos de nuevo, lo que incrementa seriamente la patología de los vínculos de interdependencia. En este sentido es necesario comprender que la adopción es *«aceptar como hijo a un menor que no lo es por vía biológica, formando una familia o ampliándola, con todos los derechos y obligaciones legales, los mismos que tiene una familia biológica»* (Mirabent, V, Ricard, E, 2005:22).

La muerte de uno de los progenitores. Evidentemente esta ruptura supone un duro golpe para todos y especialmente para los hijos que, de pronto, se ven despojados de los vínculos mediante los que se constituían como personas. A ese dolor se le suele añadir el que se visualiza y se percibe en los que les acogen y cuidan en esta situación. El progenitor que sigue vivo tiene dos campos complejos en los que trabajar: el que corresponde a sus vínculos con la persona que murió y el que proviene de entender que también a los hijos se les ha muerto el padre o la madre. Y, más allá de la comprensión del propio hecho de la muerte, lo que creo que genera más dificultad es la comprensión del hecho de la vida. Es evidente que la vida continúa y en ese proseguir es donde radican las dificultades con las que nos encontramos en

la vida adulta. En este sentido, resulta prioritario comprender la realidad de la ruptura de los vínculos que nos unían a esa persona y reemplazarlos, ampliándolos con otros que, sin desmerecer a los primeros, nos sirvan para seguir viviendo.

Enfermedades de los progenitores o del propio niño. Indudablemente son situaciones no esperadas en las que los vínculos que se cocinan están preñados de mucha angustia, impotencia y dolor. Cada descompensación que aparece en la enfermedad, cada cambio que exige, en ocasiones, ingresos hospitalarios prolongados pone a prueba los lazos vinculantes a través de los que nos vamos constituyendo. De la fortaleza y entereza que mostremos en la relación, a pesar de la enfermedad, dependerá, en gran medida, el grado de normogenia que presente el niño. En este sentido, es muy importante conseguir entornos estables en los que se puedan hablar y compartir las experiencias emocionales sin que en ese compartir fluya la desesperanza y la impotencia.

Migraciones. Migrar, trasladarse de un lado a otro, de una ciudad, región o incluso país no es solo un traslado físico: es la ruptura de los lazos que individual o colectivamente se habían establecido con las personas y con el entorno. Esa ruptura conlleva un resquebrajamiento de los elementos de la identidad, de aquellos signos a través de los que uno tiene la sensación de seguir siendo el que es. El dolor asociado a estos movimientos es importante; prueba de ello son las reacciones que aparecen en las generaciones posteriores a la que emigró, que parece verse ante la necesidad de reivindicar su pertenencia a la tierra de acogida. En algunas ocasiones estas migraciones vienen acompañadas de situaciones económicas y sociales de mucha dureza, con pérdida de la vivienda, del trabajo, de los grupos familiares a través de los que se comparten vínculos que dan estabilidad. Los estudiosos en los conflictos entre naciones hablan bien de esas dificultades (Volkan, 2004)

Bibliografía.

- Biasutti, B. (1975). *Guía para una educación no represiva*. Madrid: Atenas
- Bion, W. R. (1987). *Aprendiendo de la experiencia*. Barcelona: Paidós
- Bowlby, J. (1997). *El vínculo afectivo*. Barcelona: Paidós
- Bowlby, J. (1997a)[1980]. *La pérdida afectiva*. Barcelona: Paidós
- Coulson, J.; Carr, C.T.; Hutchinson, L. (1982). *The Oxford Illustrated Dictionary*. Oxford: Clarendon Press
- Cyrulnik, B. (2002). *Los patitos feos. La resiliencia: una infancia infeliz no determina la vida*. Barcelona: Gedisa
- García Martínez, A. N. (2011). Algunos fundamentos eliasianos para la teorización grupoanalítica. *Teoría y práctica grupoanalítica* 1(2)405-18
- Marrone, M. (2008). Attachment Theory and Group Analysis. En D. Brown y L. Zinkin (2000). *The psyche and the Social World*. London:JKP
- Mirabent, V., Ricard, E. (2005). *Adopción familiar y vínculo familiar. Crianza, escolaridad y adolescencia en la adopción internacional*. Barcelona: Paidós-Vidal y Barraquer
- Pintos, M^a Luz. (2010). Kurt Goldstein: Nuevas bases para una nueva neuropsiquiatría. *Teoría y práctica grupoanalítica*. 1(0):9-30
- Salvador Beltran, G. (2009). *Familia. Experiencia grupal básica*. Barcelona: Paidós –Vidal i Barraquer
- Stern, D. (1999). *El nacimiento de una madre. Cómo la experiencia de la maternidad te cambia para siempre*. Barcelona: Paidós
- Terminología de psicoterapia de grupo. (2011). Matriz. *Teoría y práctica grupoanalítica*. 1(2):569-79
- Torras de Beà, E. (2010). *La mejor guardería, tu casa. Criar saludablemente a un bebé*. Barcelona: Plataforma Editorial 2010
- Volkan, V. (2004). *Blind Trust*. Virginia:Pitchstone